

ANTONIO GALA, BRILLANTE, AGUDO, DIVERTIDO Y FRÁGIL

APARECE delgado y enfermizo (la ya añeja operación a vida o muerte de su perforación de duodeno ha dejado huellas imborrables, o quizá es que guste ese punto de mística convalecencia, tan bohemia, tan romántica), apoyado desmayadamente en un bastón de complicada empuñadura, Antonio Gala, nuestro «dramaturgo - joven - pero - consagrado», al que las malas lenguas afirman sucesor de Casona, Antonio Gala, autor de éxito, maestro en la pincelada suave de ternura, de humor, de aparente profundidad, Antonio Gala, rodeado de una minuciosa decoración, de mil pequeños y costosos detalles tan en su sitio, todo perfectamente dispuesto, como lo están también sus siete anillos en un solo dedo, con los que él juega con la delectación de encontrarlos siempre ahí, ordenados, dominados, conocidos, manejables, como gusta de conocer el medio teatral, como gusta de disponer sus obras en orden perfecto, en delicado equilibrio, tan bien construidas cara al éxito.

—El país atraviesa un momento extraordinariamente difícil. No es el momento de poetas, pero tampoco de profetas. El hecho de haber desaparecido Franco ha dado lugar a una serie de esperanzas que ahora están decayendo ante la insistencia de los periódicos de hablar todos los días de que la semana próxima será decisiva. La gente pide a gritos amnistía y calendarios. A la primera petición se contesta con una dificultosa reforma de leyes, y a la segunda se nos responde con dos virtudes cardinales, la prudencia y la templanza, olvidando que hay una tercera que es primordial, y es la de justicia.

—Pero, evidentemente, algo ha cambiado en la gente del país, si no en el país mismo...

—La gente, que cuando murió Franco hizo esas larguísimas colas, me parece que con un sentido de devoción y también de comprobación, no es que esté cambiando, sino que ha cambiado. No han cambiado las estructuras. Eso de «después de Franco, las instituciones», es rigurosamente cierto. Nos han dado un futuro atado y bien atado en lo peor. El otro día me dijo Cayetano Luca de Tena que yo no me había dado cuenta de que Franco era una monarquía absoluta y que ahora comenzábamos, si no una República, sí una Rey Pública.

—Antonio, tú siempre has tenido una imagen de intelectual



“EL PAÍS ATRAVIESA UN MOMENTO EXTRAORDINARIAMENTE DIFÍCIL. NO ES EL TIEMPO DE POETAS, PERO TAMPOCO DE PROFETAS”

digamos de «izquierdas» dentro de lo que cabe...

—Como intelectual (que me parece que sí lo soy, porque vivo de mi producción mental), soy, naturalmente, de izquierdas. Pero nunca aceptaría un cargo político, y es lo que haría cualquiera en mi caso, porque el intelectual no debe ser cirujano, sino médico; no ha de estar en el quirófano, sino diagnosticando; los bisturis deben estar en manos no de los que opinan, sino de los que gobiernan. Aunque, por otra parte, en este Gobierno las iz-

quierdas no opinan, el actual gabinete parece un cuadro de honor del colegio de jesuitas, no hay ningún ministro verdaderamente social.

—Dices que al ser intelectual eres naturalmente de izquierdas. ¿Es que no hay intelectuales de derechas?

—El intelectual siempre ha de jugar un papel crítico dentro de la sociedad, en una oposición que no implica estar dentro de un partido opuesto, aunque se haya hablado en el News Weck de partidos en España, que creo que es un error de

traducción. Por cierto, y haciendo un paréntesis, yo diría en este sentido que así como Solís pide la nacionalización energética, bancaria y sanitaria, habría que pedir también la nacionalización de las declaraciones de nuestros ministros y de España, que ya es hora que se digan las cosas en los periódicos españoles y que España pertenezca a los españoles.

—Y volviendo a la pregunta de los intelectuales de derechas...

—El Régimen no ha contado con el apoyo de muchos intelectuales. Al principio contó con algunos, que luego se han ido enfriando y luego llegaron otros intelectuales de menor cuantía, de menor categoría, de menor peso específico, a los cuales supongo, no obstante, la honestidad como intelectuales que son. Pero los más respetables, los intelectuales de mayor peso, hay que buscarlos entre los que han estado silenciados, entre los que han dicho lo que podían.

—¿Y por qué presupones la honestidad en los intelectuales? ¿No es catalogar al intelectual un poco como un ser superior?

—No. Así como tengo un gran respeto por los obispos (y que conste que a mí no me llamaría nadie ortodoxo, a no ser ortodoxo griego), porque les considero gente de buena voluntad en principio, aunque estén equivocados, la buena voluntad se la supongo como el valor a los soldados, así supongo la honestidad en los intelectuales, porque de otra forma no serían honrados consigo mismo, no podrían subsistir.

—¿Y tú te consideras honesto?

—Sí, completamente honesto.

—¿Y qué tentaciones has recibido a esa honestidad en tu vida?

—Creo que mi posición por el hecho de estar muy clara no es muy proclive a la tentación. Es tan evidente que yo ocupé una determinada posición de independencia interna y externa, que no me tienen en cuenta a la hora de tentar o estas tentaciones son tan sutiles que yo no caigo en ellas. La última que he tenido, a nivel mínimo, es la oferta de dos millones de pesetas por anunciar un coñac, y yo no he aceptado, en primer lugar, porque no es bueno beber coñac y porque, además, estaría ridículo ahí con mi copita, pero tentaciones políticas no he tenido. Y estas pequeñas cosas son fáciles de rechazar, aunque sólo sea por egoísmo, por no destruir tu propia imagen.

Antonio Gala, brillante, agudo, divertido y frágil como sus propias obras. ■ ROSA MONTERO.